RAINER MARIA RILKE

LOU ANDREAS SALOMÉ



Prólogo de Pierre Klossowski

Postfacio de Miguel Morey

A lo largo de su correspondencia con Rilke, Lou Andréas-Salomé ejerció una cura de alma sobre el poeta, convencida de que las fuerzas oscuras de la persona constituían la única fuente tanto de «curación» como de creación del poeta. Lou trata de convertirse en mediadora entre el alma deprimida del poeta y las angustias que regularmente le confiesa en sus horas de esterilidad, y así aparece esencialmente como la intérprete tanto de esas fuerzas oscuras como de las primeras interpretaciones que da el mismo poeta.



Lou Andreas-Salomé &
Rainer Maria Rilke

Correspondencia

ePub r1.0
Blok 06.12.14

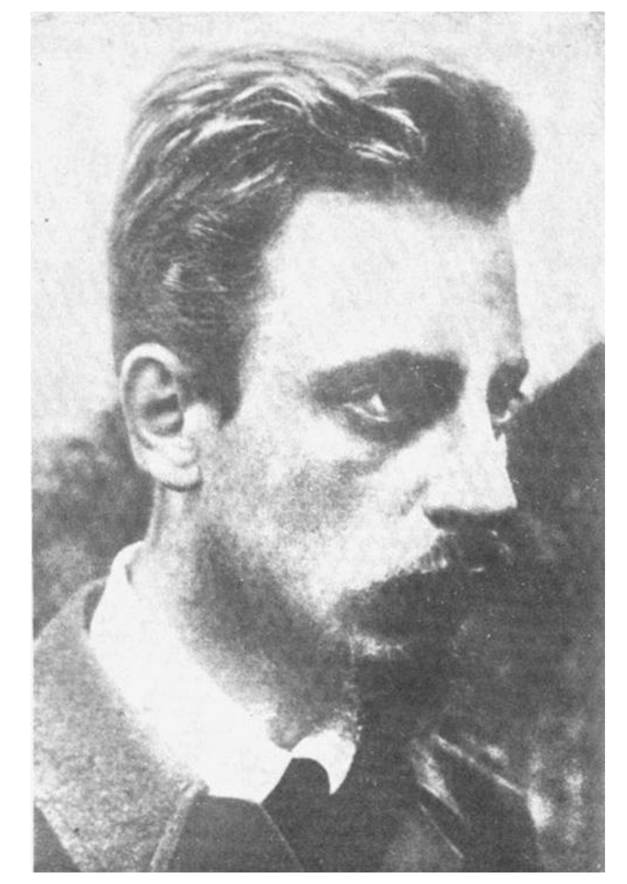
Título original: *Rainer Maria Rilke/Lou Andréas-Salomé:Briefwechsel*
Lou Andreas-Salomé & Rainer Maria Rilke, 1952
Traducción: José María Fouce
Prólogo: Pierre Klossowski
Postfacio: Miguel Morey

Editor digital: Blok
ePub base r1.2





Lou Andrés-Salomé, en 1897



Rainer María Rilke, en 1900

PRÓLOGO

El intercambio de cartas que sigue a continuación ha sido extraído de la correspondencia entre Rainer María Rilke y Lou Andrés-Salomé, establecida y publicada por Ernst Pfeiffer (*Rainer María Rilke/Lou Andrés-Salomé: Briefwechsel*. *Max Niehans Verlag Zurich u. Insel Verlag Wiesbaden 1952*).

La amiga más íntima de Rilke desde 1904 y discípula de Freud a partir de

1912-13, Lou Andrés-Salomé, practicaba el psicoanálisis. Pero mucho antes había sido la «consultora», literalmente la «psicóloga» de Rilke, y no sólo en los momentos de angustia y de malestar del poeta. Ahora bien, lejos de querer encaminar a Rilke hacia un tratamiento analítico lo apartó, al contrario, de él[1] . La cura de alma que ejerce en muchos períodos de esta larga correspondencia (1896-1926) se fundamentaba en su convicción de que las fuerzas obscuras constituían la única fuente tanto de «curación» como de creación del poeta: era necesario, pues, que fueran preservadas de una intervención semejante a la del método

analítico, que hubiera destruido su propio ritmo. Una de las mayores obsesiones de Rilke consistía en la alienación de su propio cuerpo, llegando a veces hasta el desdoblamiento (lo «Otro») a capricho del comportamiento somático de este último, como si se hubiera tratado de un simulador solapado de sus estados de espíritu. Sobre todo en este dominio, Lou busca hacerse la mediadora entre el alma deprimida del poeta y las angustias que regularmente le confiesa en sus horas de esterilidad, y así Lou aparece esencialmente como la intérprete de las fuerzas obscuras tanto como de las primeras interpretaciones que da el

mismo poeta.

Pierre Klossowski

x x

Dass mir doch, wenn ich wieder der Städte Gedräng
und verwickelten Lärmknäul und die
Wirrsal der Fahrzeuge um mich sah, einzeln,
dass mir doch über das dichte Getrieb
Himmel erinnerte und der riesige Bergrand,
den von drüben heimwärts die Herde betrat.
Steinig sei mir zu Mut
und das Tagwerk der Hirten schien mir möglich,
wie er still hergeht und bräunt und mit reissendem
Steinwurf
seine Herde bezäunt, wo sie sich ausbreitet.
Langsamen Schrittes, nicht leicht, nachdrücklichen Körpers,
aber im Stehn ist er herrlich. Noch immer dürfte ein Gott
heimlich in diese Gestalt und würde nicht minder.
Abwechselnd weilt er und geht, wie selber der Tag,
und Schatten der Wolken
durchgehen ihn, als dächte der Raum
langsam Gedanken für ihn.

Sei er nur immer für euch. Wie das wachsend Nachtlicht
in den Mantel der Lampe stell ich mich innen in ihn.
Ein Schein wird ruhig. Der Tod
fände sich reiner zurecht.

x x x

Facsímil de la «Trilogía española», escrita por Rainer María Rilke en Ronda en 1913

CORRESPONDENCI

Du heller Himmel über mir,
Dir will ich mich vertrauen:
Laß nicht von Lust und Leiden hier
Den Aufblick mir verbauen!
Du, der sich über alles dehnt
Durch Wetter und durch Winde,
Zeig nur den Weg, so heiß ersehnt,
Wo ich dich wiederfinde. . . .

Facsímil del manuscrito de Lou Andréas-Salomé

RILKE A LOU ANDRÉAS-SALOMÉ EN GÖTTINGEN

París, 17 rue Campagne-Première
8 de junio de 1914

Querida Lou, heme aquí al término de un

largo, ancho y duro período, con el que caduca cierto futuro que no había sido fuerte y religiosamente alimentado, sino torturado hasta el aniquilamiento (algo en lo que, poco más o menos, soy inimitable). Si a veces, durante estos últimos años, había podido disculparme so pretexto de que algunos intentos por asentarme más humana y naturalmente en la vida fracasaron porque las personas concernidas no me habían comprendido, y me hacían sufrir ininterrumpidamente violencias, injusticias y prejuicios, precipitándome así en tan gran desasosiego, resulta ahora que después de meses de sufrimiento me encuentro orientado de muy diferente manera:

teniendo que reconocer que, esta vez, nadie puede ayudarme. Y aunque alguien viniera con su alma más inocente, más inmediata, y encontrara su referencia en los mismos astros, aunque me soportara a pesar de mi torpeza y rigidez y conservara su pura e infalible disposición para conmigo; aun cuando el rayo de su amor viniera a estrellarse diez veces en la turbia y densa superficie de mi universo submarino, todavía sería yo capaz (lo sé ahora) de empobrecerlo en el seno de la abundancia de su ayuda renovada sin cesar, de encerrarlo en el irrespirable dominio de una ausencia total de ternura, hasta el punto en que, vuelto inaplicable

su auxilio, pasara él mismo de la plenitud a la marchitez, hasta dar en una siniestra decadencia.

Querida Lou, desde hace un mes estoy solo otra vez, y es éste mi primer intento de volver a tomar conciencia —ya ves, así están las cosas. En resumidas cuentas, he experimentado muchas cosas durante estos acontecimientos; por el momento sigo constatando esto: que una vez más apenas si estaba a la altura de una tarea pura y alegre, en la que la vida, como si nunca hubiera tenido conmigo malas experiencias, volvía a venir hacia mí, misericordiosa. Desde ahora está claro que también ahí he vuelto a fracasar y que, lejos de avanzar,

repetiré un año más este curso de dolor; y que cada día encontraré inscritas en la negra pizarra las mismas palabras, cuya triste flexión creí haber aprendido hasta el agotamiento.

Lo que tan radicalmente iba a cambiar mi angustia comenzó con muchas, muchas cartas, hermosas y ligeras como brotadas del corazón: que yo sepa nunca he escrito otras parecidas. (Era la época, te acuerdas, de la omisión de la «s»). En dichas cartas (cada vez lo comprendía mejor) ascendía una petulancia irresistible, como si me encontrara ante un nuevo y pleno brote de mi más peculiar esencia, que, liberada desde entonces en una

comunicación inagotable, se esparcía por la vertiente más alegre al tiempo que yo, escribiendo día tras día, sentía su feliz corriente y el incomprensible reposo que le parecía preparado del modo más natural en un alma capaz de recogerlo. Mantener pura y transparente esta comunicación y, al mismo tiempo, ni sentir ni pensar nada que se encontrara excluido por ella: eso fue lo que de una sola vez, sin que yo supiera cómo, llegó a ser la medida y la ley de mi actuar, y si jamás hombre alguno interiormente agitado pudo sosegarse, yo mismo lo fui con esas cartas. Esta ocupación diaria y mi relación con ella se me hicieron sagradas de una manera

indescriptible, y desde entonces se apoderó de mí una confianza enorme, como si hubiera al fin encontrado una salida a ese penoso estancarme en circunstancias continuamente nefastas. Hasta qué punto estaba entonces comprometido en cambiar, podía notarlo igualmente en el hecho de que incluso las cosas pasadas, cuando se me ocurría contar algo de ellas, me sorprendían por el modo en que reaparecían; si, por ejemplo, se trataba de épocas de las que a menudo había hablado anteriormente, hacía hincapié en aspectos inadvertidos o apenas conscientes, y cada cual adquiría, por decirlo con la inocencia de un paisaje, una visibilidad pura, una

presencia, y me enriquecía, formaba parte de mí mismo, tanto y de tal modo que por primera vez me parecía ser dueño de mi vida, no por una adquisición, por una explotación, por una comprensión interpretativa de cosas caducas, sino por esta misma nueva veracidad que se esparcía también a través de mis recuerdos.

9 de junio de 1914, martes

Te envío, querida Lou, la hoja de ayer: comprenderás que lo que en ella describo ya no tiene vigencia y se ha perdido para mí; tres meses de realidad (frustrada) han dejado sobre todo ello como una dura y fría lámina de cristal, bajo la cual esa experiencia ya no me pertenece, como si estuviera colocada en la vitrina de un museo. El cristal

refleja y en él sólo percibo mi viejo rostro, anterior, el que tú tan bien conoces.

¿Y ahora? Después de un inútil intento de vivir en Italia, he vuelto aquí (hace ya quince días), deseoso de arrojarme a ciegas en cualquier ocupación; pero aún tan embotado y paralizado que apenas si puedo hacer otra cosa que dormir. Si tuviera un amigo le rogaría que viniera a trabajar conmigo cada día, en lo que fuera. Y cuando en el intervalo, de taciturno humor, pienso en el porvenir, imagino en primer lugar un tipo de trabajo que estuviera sometido a las condiciones exteriores, y alejado tanto como fuera

posible de toda productividad personal. Pues desde ahora ya no dudo ni por un instante de que estoy enfermo, de una enfermedad que me ha gravemente corroído y cuyo foco se encuentra en lo que hasta entonces llamaba mi trabajo, de tal modo que por el momento no hay ningún refugio por ese lado.

....

Tu viejo
Rainer

LOU ANDRÉAS-SALOMÉ A RILKE, EN PARÍS

Göttingen, 11 de junio de 1914

Mi querido viejo Rainer. Sabes, he llorado terriblemente al leer tu carta…, era estúpido, pero cómo puede una impedirlo cuando ve de qué manera trata

a veces la vida a los más preciados de sus hijos. Te he acompañado con todos mis pensamientos en la medida en que pueda llamarse a esto «acompañar», cuando una se pregunta cada día dónde puede encontrarse alguien: si elevado hasta los confines de la atmósfera humana, o si hundido en el fondo de un cráter, debatiéndose entre los más violentos fuegos que jamás hayan ardido en el seno de la tierra. Cuando me escribiste a propósito de mis «Cartas», que resultaron tan alegremente locas, me parecía posible que se hubiera abierto, para ti, un período productivo, provocado por alguna experiencia afectiva; y es siempre en ese momento

cuando parece cercano un terrible peligro, tanto como una gran victoria. Es entonces fácil para algunas almas sacrificar un nada de productividad que se desprendía de una experiencia intensamente vivida; y, de vez en cuando, creadoras por naturaleza, consiguen hacer lo contrario; pero probablemente, con mucha más frecuencia, ocurre que ambas tendencias se encuentran a mitad de camino y perecen por haberse obstruido mutuamente el paso. Aunque esta vez seas tú, tan absolutamente, el único responsable de esta muerte, que no tengas excusa, ni coartada. Una cosa sin embargo queda fuera de duda: la manera

en que resucitas todo esto con tus palabras es exactamente, ¡exactamente!, la antigua, la íntegra potencia que da vida a lo que está muerto, y además: el duelo causado por este hecho es el de un alma cuyo sentimiento más sutil, más interior, en nada podría ser más inocente que en aquello de lo que te acusas a ti mismo. Y no obstante eres tú mismo, como también eres tú quien, en un momento dado, eres incapaz de trabajar, o echas a perder el trabajo. Y, ciertamente, ni sacas ni puedes sacar nada del hecho de que a pesar de todo no eres tú, ya que nadie puede comer hasta hartarse del pan encerrado en un armario, como tampoco alimentarse con

la espera de las espigas de trigo de los campos sin segar. Por eso, si me quejo a este respecto, me quejo de muy distinto modo, en cuanto espectadora que al mismo tiempo está muy emocionada con la idea de que el pan y los frutos de los campos existen. Eso es lo que ocurre ahora con lo que yace bajo «el cristal duro y frío de la vitrina»: tú ya no lo posees y el cristal te refleja a ti mismo; sin embargo ahí estaba una prueba de la magnitud de tus cualidades y, al igual que apenas las habías conocido bajo este aspecto —su profundidad, su rica pertenencia a ti—, del mismo modo todavía tienen otras que ofrecerte, que hoy no puedes ni siquiera sospechar, y a

las que te impide verlas todavía algo mucho más resistente que el cristal. Pero, para qué tantas palabras: por el momento no sentirás nada más, como no sea que algo ligero o macizo te *separa* de la vida, y cualquier palabra en contra es estúpida, necia, impotente[2].

LOU ANDRÉAS-SALOMÉ A RILKE

Carta enviada desde Göttingen a París hacia mediados de junio.

RILKE A LOU ANDRÉAS-SALOMÉ EN GÖTTINGEN

París, sábado 20 de junio de 1914

Lou querida, he aquí un extraño poema escrito esta mañana, que te envío ahora

mismo, y al que espontáneamente he titulado «*Wendung*» porque representa el viraje decisivo que se producirá probablemente con toda necesidad si tengo que vivir, y comprenderás en qué sentido lo concebí.

Tu carta en respuesta a mi estudio sobre las «*Muñecas*» la había presentido, suponiendo que me escribirías una de consuelo, que manifestara una impresión apropiada para ordenarlo. Y, en efecto, comprendo perfectamente lo que reconoces en ella, así como la última frase que las «palabras» son incapaces de expresar, esa última frase con relación a la unidad que la muñeca forma con lo corporal y

sus más horribles fatalidades.

Pero, qué espantoso es que uno escriba semejante cosa sin darse cuenta de nada, so pretexto de hablar de un recuerdo de la más original intimidad, y que a continuación deje uno la pluma con ansias de revivir una vez más lo fantasmal, pero de manera ilimitada como nunca antes lo había hecho; hasta que, lleno a rebosar de estopa el cuerpo de títere en que uno mismo se ha convertido, se quede con la boca reseca.

Tu
Rainer

VIRAJE DECISIVO

«El camino que lleva de la intimidad
a la grandeza pasa por el sacrificio».

Kassner

Lentamente se la ganó con la mirada en reñida lucha.
Los astros doblaban la rodilla

bajo la violencia de sus ojos
alzados.
O volvía a contemplar
arrodillado,
y el perfume de su insistencia
doblegaba algo divino,
ella le sonreía, adormecida.
Las torres que así contemplaba,
se estremecían:
edificadas otra vez, hacia las
alturas, de un vistazo.
Mas cuán a menudo, de día
sobrecargado, el paisaje, al
anochecer
reposaba, tendido sobre su
silencioso percibir.

Los animales entraban confiados
en la abierta mirada, paciendo,
y cautivos los leones
los observaban con sus ojos fijos
cual una libertad
inconcebible;
unos pájaros lo atravesaban con
su vuelo,
a él, el insensible; unas flores
se reflejaban en él
grandes como en un alma
infantil.

Y el rumor de que existía un
contemplativo tal
conmovía a los menos
improbablemente visibles,

conmovía a las mujeres.

¿Mirando desde hace cuánto
tiempo?
¿Desde hace cuánto tiempo
privándose ya
íntimamente
suplicando en el fondo de la
mirada?
Cuando él, que vivía en la
espera, un país
extranjero,
sentado en la habitación de un
albergue,
sentado en la habitación
dispersa, alejada de él,
que

lo rodeaba de un ambiente
    taciturno, y en el espejo
    evitada
de nuevo la habitación,
y más tarde, vista desde el fondo
    de su torturadora cama,
    otra vez
la habitación: entonces
    deliberaba esto al vacío,
imperceptiblemente, deliberaba
    a propósito de su corazón
    sensible,
en el fondo de su cuerpo
    trastornado de dolor,
de su corazón a pesar de todo
    sensible,
esto deliberaba y juzgaba ese

corazón:
no poseía nada del amor.
(Y le eran rechazadas nuevas consagraciones).
Ya está, se ha puesto un límite a la mirada.
Y el universo mirado
quiere alcanzar su plenitud en el amor.
La labor de la vista está hecha,
haz en adelante la labor del corazón
con respecto a tus imágenes, esas imágenes cautivas; pues tú
las habías vencido: pero sigues sin conocerlas.

Mira, hombre interior, tu interior
muchachita
conquistada en reñida lucha
contra mil naturalezas,
esta criatura sólo conquistada,
todavía no amada.

20 de junio

LOU ANDRÉAS-SALOMÉ A RILKE, EN PARÍS

Göttingen, 24 de junio de 1914,
miércoles

Después de dos días de ausencia (para ir a hablar con alguien) estoy de regreso hoy, e *íntegramente* con tus palabras y a

solas con ellas ante este «viraje decisivo» que lo es y sin embargo ya no lo es, pues se preparaba desde hace mucho tiempo, casi realizado ya: tu cuerpo lo sabía, por decirlo así, antes que tú mismo, pero claro, del modo en que los cuerpos pueden saber —con una fidelidad, una rectitud infinitas, de manera que ello debía conducir a un nuevo malentendido con el espíritu por algún tiempo. ¿Sabes en qué podía reconocerse? En los ojos, ellos, que miran, que conquistan la figura única de mil matices que «todavía no había sido amada»; los ojos que *querían amar* transgredieron el límite que les fue impuesto y (¿te acuerdas de lo que me

habías dicho?) los ojos celebraron nupcias en una mirada, no sólo en sentido poético sino, a decir verdad, en el sentido más corporal, hasta la agitación de la sangre, como si en aquellos momentos se hubiese producido mucho más que una simple mirada. (Así fue en el caso de la muchachita que se miraba en tus ojos como en un espejo, mientras se arreglaba; así, en otros casos más personales). Pero, en cuanto a los ojos, abandonados al esfuerzo de su búsqueda, más allá del límite de lo que habitualmente sólo debieran llevar al espíritu, en su ver sólo podían hacerse cada vez más corporales y, en cierto

modo, aprovechándose de confusiones con hechos acaecidos (procesos subterráneos que no se realizaban en la superficie del cuerpo, dispuesta hacia lo exterior), sólo podían conocer extraños tormentos; pues la «labor del corazón», al contacto con lo que no había sido más que un ver artístico, sólo podía realizarse a partir del fondo más interior. Así fue cómo ocurrió que, por ejemplo, la sangre afluyera a los ojos en forma de congestión, determinando dolorosas presiones; como si este flujo tendiera, por error, a transformar los ojos en órganos genitales, a transformarlos en aquello mismo de lo que proceden los milagros

corpóreamente generadores; y sufrían, en la lucha de su sincero esfuerzo, que sólo los conducía a una disensión con el cuerpo, en lugar de procurarle la calma. Hasta que el corazón se puso a latir al ritmo del gran amor en el cual lo exterior y lo interior se unen, el amor que, de repente, se da cuenta de todos sus tesoros y los examina como a las novias.

Lo que hace el amor de este modo es obscuro, grave y magnífico, y se sitúa del lado de la vida; ¡quién osará descubrir sus primeros frutos! Por lo demás tú mismo los vivirás. No sin interrupciones ni dudas, ciertamente. Querido, mi querido viejo Rainer, creo

que no debiera escribirlo aquí —por lo demás no hay nada aquí que pueda verdaderamente escribirse—, tengo la impresión de que estamos, en alguna parte, estrechamente el uno al lado del otro (poco más o menos como en Dresde cuando, consultando el indicador, de repente nos entraron ganas de volver a Munich), apretados el uno contra el otro como niños que se cuchichean mutuamente algo doloroso o tranquilizador.

Y me gustaría seguir escribiendo, decir y seguir diciendo: no porque sepa verdaderamente muchas cosas, sino porque los acentos de tu corazón, esos acentos profundos, nuevos, los percibo

en lo más profundo de mi alma (aunque de muy distinto modo que tú por el hecho de que, en cuanto mujer, una se halla enraizada, en cierto modo, en este dominio).

Si tienes que ir a Leipzig, ¿no podríamos, no deberíamos, no querríamos vernos antes, en caso de que tú quisieras, a mitad de camino, a la orilla del Rhin?

Lou

RILKE A LOU ANDRÉAS-SALOMÉ EN GÖTTINGEN

París, 26 de junio de 1914, viernes

Querida Lou, tú *sabes y comprendes*; y que yo no pueda ni por un

segundo ver las cosas a partir de ti misma, tal como las imagino vistas por ti, que no pueda tener la inteligencia del otro… en todo caso, volveré fortificado al seno de mis intrincaciones sin fin, preparadas desde hace mucho tiempo. Sabe Dios qué intervalo separa el poema del «viraje decisivo» del advenimiento de nuevas condiciones, yo sigo estando muy rezagado; sabe Dios si puedo todavía efectuar semejantes cambios, ya que las fuerzas continúan abusando de sí mismas y agotándose en los mayores malentendidos. Por eso me había prometido un número indescriptible de cosas de esta disposición al fin justa y llena de ternura

con respecto a una naturaleza humana, ya que por esa misma razón todas las distancias se hubieran modificado: la relativa al mundo volvería a ser = a infinito[3], la relativa al propio cuerpo = a cero, y en el intervalo todos los números hubieran experimentado una gradación sin malicia. Así, la atención excesiva acercó a mí muchas cosas, haciéndomelas aparecer más grandes que su tamaño natural, y por otra parte, insinuó entre yo y mi cuerpo, al mismo tiempo que lo excitaba, relaciones con —probablemente— el mismo tipo de error que mis relaciones con lo corporal en general. Así, el mal se ha fijado en cada vénula, y se ha arrugado cada

músculo. Me viene la idea de que una apropiación espiritual del mundo, desde el momento en que se sirve tan completamente del ojo, lo que era mi caso, se haría de modo menos peligroso en un artista, porque ella se sosegaría más tangiblemente al contacto con los hechos corporales. Yo soy semejante a la pequeña anémona que vi un día en un jardín de Roma, tan ampliamente abierta durante el día que ya no podía cerrarse de noche. Me horrorizaba al verla tan abierta en el obscuro césped, preparada para acoger de nuevo en su cáliz abierto como con rabia —habiendo demasiada noche sobre ella—, una noche que no acababa. Y cerca de ella, sus prudentes

hermanas, cada cual encerrada en su pequeña medida de superfluidad. También yo estoy irremediablemente inclinado hacia el exterior, y por ello igualmente distraído por cualquier cosa, al no rechazar nada; mis sentidos se ocupan sin pedirme permiso de todo lo que molesta. Que se produce un rumor… renuncio a mí mismo y paso a ser ese rumor; y como todo lo que es excitable quiere también ser excitado, en el fondo no pido más que ser molestado, y lo soy sin cesar. Huyendo de la claridad, una vida anónima se ha refugiado en mi interior, se ha retirado a un lugar más alejado y allí vive como la gente de una ciudad asediada, entre privaciones y

aflicciones. Cuando le parece que han llegado tiempos mejores, se hace notar por algunos fragmentos de las elegías, por algún versículo inicial, y luego debe replegarse otra vez, ya que en el exterior reina la misma inseguridad. Y en el intervalo entre esta ansia ininterrumpida del exterior y esta existencia interior para mí todavía apenas accesible, se encuentran las moradas propiamente dichas del sentimiento sano, vacías, abandonadas, evacuadas, zona inhóspita cuya neutralidad hace igualmente explicable por qué cualquier ayuda procedente de los hombres y de la naturaleza se halla, en mí, destinada a perderse.

Hace ya un mes, según las fechas, que he regresado. Lo he pasado de manera dietética y vegetativa, muy ocupado cada noche en dormir: desde las 9 de la noche a las 6 de la mañana, lo que, además, cumplía con asiduidad, recuperando incluso de día algunos suplementos de sueño (emocionado al ver cómo mi naturaleza, por lo menos en lo que respecta al sueño, me ahorró el *no-poder* del que no paro de ofrecerme ejemplos en todos los otros dominios). En resumen, fijado ante cada hoja, ante cualquier libro, como una cabra atada a un poste; y cuando me daba cuenta de mi atadura me enredaba tan desdichadamente que ni siquiera

disponía de toda la longitud de la cuerda. En semejante situación desmenuzaba sin placer libros cien veces abandonados, reconociendo apenas las diferentes hierbas; ya que también eso tengo en común con la cabra, el hecho de que no pueda quedar nada tangible de lo que he rumiado; de lo que se sigue que eso mismo sólo puede hacerse cabra, y no hay ahí ningún consuelo para ella una vez que ha empezado a ser un estorbo para sí misma.

¡Qué maravillosa e inagotable subestructura necesitará una vida destinada a encontrar más tarde su actividad en una elevación artística! Es

en eso en lo que el joven Goethe no deja de asombrarme cada vez más: la manera en que la «relación» constituye para él de buenas a primeras la medida de lo soportable, pero también de su suerte. No coger nada inutilizable, sino sólo lo utilizable en su momento oportuno; desde su primera juventud acumular dentro de sí lo que se puede y lo que se ha podido, los recuerdos más diferenciados y más opuestos; a fin de no caer, sin tener más que un centenar de posibilidades, en la infinita ausencia de todas las otras en que los dioses son capaces de precipitarnos a cada instante.

LOU ANDRÉAS-SALOMÉ A RILKE, EN PARÍS

Göttingen, 27 de junio de 1914
sábado por la mañana

Querido Rainer, fue sólo hace unos días, una vez enviada mi carta, cuando empecé a vivir con el poema mismo,

pues en los primeros momentos su sentido objetivo me subyugó demasiado como para poder hacerlo. Y ahora lo leo, o mejor: no paro de recitármelo a mí misma. Hay en él como un reino recientemente conquistado, todavía no se distinguen bien sus fronteras, se extiende más allá del espacio que se puede recorrer en él; se lo adivina más amplio; se presienten muchos viajes y peregrinaciones por hacer a través de caminos en los que las brumas jamás se disipan. Y sólo un poco de fulgor diurno, justo el necesario para avanzar un paso, sería —de un poema al otro— como un modo real nunca practicado de seguir asentándose en un terreno donde

(al contrario que en el simple «arte») el esclarecimiento y la acción siguen siendo una y la misma cosa; esto sólo puede ser poema en la medida en que se lo vuelva a conquistar en provecho de la experiencia vivida. En alguna parte, en la profundidad, todo arte vuelve a empezar como en sus más remotos orígenes, tal la fórmula mágica, el conjuro —evocación de la vida bajo su forma humana desde el fondo de sus abismos hasta entonces impenetrables —. En efecto, en aquello en que la oración y la suprema explosión de potencia no eran todavía más que una y la misma cosa.

No me canso de reflexionar sobre

esto.

Luego volví a leer, súbitamente, el poema de *Narciso* cuyo texto me escribiste el verano pasado. Y vi entonces en él como la prehistoria de *la Muñeca*. Ya que, por el efecto que produce este poema, parece que hubiera en él como una singular profundización de la tristeza de Narciso (esa tristeza emanada de la leyenda y del amor rechazado sobre sí mismo) en favor de lo inorgánico, por decirlo así, de lo no-viviente en que se contempla. («Ahora eso yace en el agua indiferente y dispersada… allí donde no hay más que la igualdad de humor de las piedras arrojadas»). Esta parte de él mismo que

huye al exterior, no detenida por el «flexible medio», sólo adquiere su pleno efecto en virtud de lo-que-está-muerto, en lo que esta parte fugitiva se detiene, para convertirse *así* en lo-que-le-hace-frente. Al *mismo tiempo*, sin embargo, aparece alusivamente en lo-que-huye-al-exterior el *por qué* es así, el por qué esta experiencia llena de tristeza es talmente ineluctable: el hecho de que él mismo se disuelva también en el sentido creador («*en el aire y en el sentimiento de los bosques*»), el hecho de que *no se enfrente a ninguna hostilidad*, el hecho de que *por su parte* dé vida a lo que se declaró muerto, a lo exterior, a lo-que-le-hace-frente,

llegando a extinguirse su vida más allá de todo esto. Y en tercer lugar aparece, además, cómo esos dos procesos se acrecientan imperceptiblemente en un punto determinado, transformándose así en una tristeza erótica: «Lo que se forma ahí y me es seguramente semejante, y asciende temblando entre signos ahogados en lágrimas, pudiera ser que naciera así en el interior de una mujer, *esto permanecía inaccesible*». El hecho de enfrentarse a lo inorgánico, el hecho de convenirse en muñeca, expresado al mismo tiempo como el hecho de enfrentarse a nuestro propio cuerpo, que (aunque sea lo orgánico viviente) no deja de ser para nosotros lo exterior y lo

externo en el sentido más íntimo, la primera cosa diferenciada con relación a nosotros mismos en tanto que nosotros somos los interiorizados que habitamos en el interior del cuerpo, como la cara del erizo; y sin embargo, lo que concierne precisamente a nuestro cuerpo, nuestros pies, nuestros ojos, nuestras orejas, nuestras manos, es ciertamente lo que se dice ser «nosotros-mismos»; este inquietante, desorientador fenómeno, de ordinario no se disipa completamente más que en el comportamiento amoroso de otro, y es sólo él quien legitima de manera soportable nuestro cuerpo en tanto que «nosotros-mismos». En lugar de eso, las

partes integrantes se asocian y disocian de nuevo en el «creador»: por ello lo que viene de él es una realidad nueva en vez de una simple repetición.

Es eso lo que a ti te hace daño; a través de tu mal presiento la felicidad.

Perdóname.

Lou

RILKE A LOU ANDRÉAS-SALOMÉ

(Continuación de la carta del 26 de junio de 1914)

Hoy, 29, después de tu segunda carta[4]

Quizás, querida Lou, quizás. Pero mi situación ¿no es tanto peor por cuanto ha

sido preparada en lo más profundo de mí, puesto que me he desarrollado hasta formar algo tan complicado? Un año de intervalo separa el Narciso y el poema del otro día, un año apático, y cuando vuelvo la vista atrás tengo la impresión de ser tal como ahora, todavía más entorpecido, más impenetrable, más muerto. Hasta que semejante tarea me haga justo levantar el brazo; pero con qué rapidez vuelve a caer y quedo sin poder recuperarme… Mi cuerpo se ha hecho semejante a una trampa; lo que recibía para transmitir, lo atrapa de un bocado y lo guarda; superficie llena de trampas en las que languidecen impresiones atormentadas; zona

petrificada sin conductibilidad; y en las profundidades más alejadas, como en el seno de un astro que se ha enfriado, el fuego maravilloso que ya apenas puede brotar más que de modo volcánico, aquí y allá, como fenómenos que, para la indiferente superficie, son como una devastación, que siembra la confusión y el peligro. ¿No es acaso éste el esquema de una enfermedad real, esta descomposición de la vida en tres zonas, de las que la más superficial exige excitaciones, puesto que no puede ya ser alcanzada ni agitada por la violencia de los fuegos internos…? ¡Yo era *uno* en mi juventud a pesar de todas mis angustias! Probablemente irreconocible en

conjunto, pero totalmente reconocido, tomado a pecho, luego. Malo hasta la abyección, y sin embargo, tan misteriosamente apto para la curación. Que una alegría revoloteaba en torno a mi rostro… inmediatamente invadía la más secreta región de mi alma; que respiraba el aire matutino… y la ligereza y el garbo inicial de la mañana me penetraban de parte a parte, alcanzando todos los grados de mi naturaleza; si, a veces, probaba un fruto, se fundía en mi boca, y sentía, al igual que una palabra del espíritu que se licuara, la sensación de su indestructible éxito en sí mismo, y el puro goce de ese fruto se esparcía con igual intensidad

por todos los vasos sanguíneos visibles e invisibles de mi naturaleza.

Y ahora (son) los viajes, y las posibilidades, los cambios más activos, y total para nada, por el hecho de que me crispo en una espera incesante que agota mi vista, que extenúa mi cuerpo, lo sobrecarga en cierto modo, mientras que el alma, al margen, ocupada en otras cosas, se desentiende de mis tensiones. Yo me entrego a esta espera, pero no lo hace así mi alma; —lo que ocurre tanto en la mirada como en el amor—, y por eso mi cuerpo se contorsiona en esta árida solicitud, por la que no circula ninguna savia que reverdezca y suavice cada rama de mi comportamiento.

Cuanto más me examino, más evidente me parece: yo tengo una actitud (aquella que me he impuesto en ciertos momentos de mi trabajo), y mi alma tiene otra, la próxima, o la inmediatamente siguiente a la próxima; de modo que ya no estoy a mi servicio, ni nadie lo está. Ella es el metal de la campana y Dios la mantiene incandescente y prepara la hora potente de la fundición: pero yo soy aún la antigua forma, la forma de la campana precedente, la forma obstinada que ha cumplido su cometido y a la que no le gusta que se la reemplace y así la colada no se realiza. ¿Comprender tantas cosas y no conseguir salirme del atolladero?… Y así desde hace años.

Renovación, metamorfosis, santificación —y el alma acudió en ayuda—, lo sé. Pero, quién podría renovarse sin destruirse previamente… Y a lo largo de mi vida me cuido como un niño delicado que no puede resistir la menor herida. ¡Querida Lou! ¡Cuántas razones y cuántos disparates en todo lo que aquí escribo! No lo tomes demasiado al pie de la letra…

En cuanto a pasar juntos algunos días y conversar en un ambiente campesino y sin embargo confortable, me parece una idea hermosa e importante; mucho más, quizás, de lo que lo hubiera sido el año pasado. Si no fuera porque temo marchar de aquí, a

medida que esa fecha se aproxima, todo el trastorno de las influencias, la preponderancia de las cosas exteriores, la necesidad de representar ser alguien con relación a lo exterior, de decir «yo» a los demás…, en una palabra, la necesidad de estar a punto, como un té que ha reposado el tiempo justo… mientras que ahora (durante todo este mes) estoy haciendo infusión silenciosamente a partir del fondo, sin levantar la tapadera, mudo; y a nadie concierne el saber si, en el intervalo, me coloreo de negro o dorado, o si tengo un gusto demasiado amargo. Es éste el estado de espíritu que cada vez me inspira más confianza, incluso cuando

medio-prisionero, medio-enfermo, apenas lo soporto y (como ahora), me abandono a él en lugar de fomentarlo.

¿Estarás lo bastante libre como para que pudiéramos, llegado el caso, concertar ese encuentro? (Piensa bien lo que más te conviene: ¿en qué lugar?). Hacia mediados de julio me esperan en casa de los Kippenberg y no debiera retrasarme, puesto que proyecto algo diferente (de lo que te hablaré) para el mes de agosto. Cuídate bien, querida, —¡al fin hace buen tiempo! Pero París me decepciona de tal manera que no tengo ganas de ver nada—, a lo sumo por las mañanas paseo por las magníficas avenidas del Observatorio, y luego,

hacia el mediodía, me dirijo a mi pequeño restaurante vegetariano donde la ensalada y el yogur a su manera demasiado intencional me fortifican en el bien, en el serio bien. Apenas puedo describirte lo mal que me las arreglo por lo que respecta a mi vida exterior; los ambientes de aquí me son particularmente nefastos en la medida en que al ser los testigos de otros días, perdidos, de actividad interior, se hacen cómplices de muchos pensamientos irresponsables, indómitos y sin salida. Pero, por otra parte, supe malgastar con tanta rapidez cualquier otro ambiente durante estos últimos años, haciéndolos todos agobiantes y equívocos… —el

bosque de alta montaña el verano pasado, el mar—. Apenas hubo entonces una hora en que hubieran sido para mí (expresión de) el universo, en que no hubieran sido para mí, de alguna manera, motivo de excusa o de tentación, mientras que aquí lo que hay de bueno, al menos, es que no tengo que acurrucarme en una habitación de hotel, sino que me rodeo de cuatro altas paredes blancas que, a pesar de todo, dependen un poco de mí.

¿Hace buen tiempo por ahí y hay muchas rosas?

Rainer

LOU ANDRÉAS-SALOMÉ A RILKE, EN PARÍS

Göttingen, jueves, 2 de julio de 1914

Sí, …¡y sin embargo! Por mucho que te des cuenta tú mismo, constantemente, de lo que no es más que pura inhibición, no es así cómo —aquí y allá, por decirlo

así, en breves momentos sin relación con tu continuidad propiamente dicha, en unos poemas aislados— estallará lo que da la impresión de abundancia y de fuerza; no, no es así, sino que del mismo modo que te sientes constantemente a disgusto y miserable, encuentras para ello expresiones que, tal cual, serían absolutamente inconcebibles si en alguna parte en el interior de ti mismo no acabara fluyendo en una única experiencia aquello mismo que sientes como tan separado y dislocado por una huida al exterior, y en un recogimiento hacia el interior con, durante el intervalo, algún centro vacío, abandonado a sí mismo. Las palabras

con que hablas de ello, por ejemplo con respecto a la anémona, no son más que obra, trabajo, cristalización de las unidades más profundas en el interior de ti mismo.

Es cierto que gran parte de la elaboración poética nació a partir de todo tipo de desesperaciones: pero si naciera de la desesperación de no ser capaz de semejantes condensaciones habría en ello, a pesar de todo, un error, ¿no es así? Es ésa la impresión de la conciencia de ti mismo, tu conciencia se encuentra al lado de lo que permanece sometido a las inhibiciones y, por esta razón, no acompañará los momentos en que se sigue revelando que *tú no estás*

tan completamente desunido como «*te*» sientes y crees estarlo; sufres por ti mismo en cuanto que inhibido, y la parte de felicidad que se encierra en este estado de cosas te permanece oculta, apartada, aunque todas las condiciones necesarias para esta felicidad sean inherentes a ti mismo y se produzcan por ti; pues *no se puede* hablar de la anémona como lo haces tú sin alguna felicidad (¡que no alcanza plenamente el estado consciente!). Ciertamente, estoy lejos de querer endulzar mis palabras —contigo menos que con cualquiera; tú sabes con qué frecuencia, durante los primeros años, no paraba de insistirte para que tomaras conciencia de lo

«Otro»; pero ahora ocurre como si tu conciencia con respecto a él (lo «Otro») fuera mucho más allá de él, se hiciera conciencia de ti en tanto que suya exclusivamente, de modo que —al contrario que antes— no te ves, no te aceptas, ni te afirmas a ti mismo; pasas simplemente desapercibido para ti mismo y no hay nada que sepas, sino lo «Otro»: igualmente, si antes a pesar de tu no-querer-saber, lo «Otro» existía, en cambio ahora eres tú quien existes. Aunque esto no modifique en nada el problema, puesto que no se ha dicho nada que escape al sentimiento y al pensamiento, la prueba de que algo existe es, sin embargo, importante, poco

más o menos en el sentido en que el entumecimiento de un miembro no suscita el pánico de su amputación: el entumecimiento quizás dependa de procesos que pueden solucionarse de un momento al otro, sin que por ello se suprima la alimentación, etc… No obstante, sigo diciéndome… para mis adentros: por el momento esto no sirve de nada y, verdaderamente, no hago más que llevarte a través de *campos* de trigo cuando tú estás privado del pan cotidiano… Quizás se pudiera hacer algo más en una conversación de viva voz.

Lou

RILKE A LOU ANDRÉAS-SALOMÉ EN GÖTTINGEN

París, 4 de julio de 1914, sábado

Cinco semanas viviendo al día, acostándome con la mayor regularidad y

no obteniendo de ella ningún provecho; no el provecho que, de ordinario, después de dos semanas se hace sentir infaliblemente: la regularidad de la existencia corporal, con relación a la cual el hastío, el dolor, el malestar, el descontento no son más que oscilaciones por encima o por debajo de lo que es normal, cuando uno guarda contacto con esta regularidad, que uno confía en ella al ser la cuerda sobre la que, más o menos bien, se interpreta el tema que cada uno es. Si tuviera que decírselo, en pocas palabras, a un médico: he perdido el *nivel* corporal; la menor influencia, un esfuerzo, ya se trate del esfuerzo intelectual de la lectura, o de la

escritura, o del abandono y del dominio alternados con un momento productivo, o simplemente del más animal de los esfuerzos físicos (el hecho de abrir una puerta atrancada), he ahí lo que desde ahora provoca no ya tal o cual síntoma en mi cuerpo, sino la vacilación general de todas sus relaciones: y así se impone a mi conciencia en tanto que algo perturbado, reduce a ella todo lo que quisiera subsistir en ella, la colorea de punta a punta con sus miserias, a la menor ocasión. Incluso los seres que sufren, en los momentos de reflujo de su mal, vuelven a encontrar el nivel medio de su situación corporal, y a confiar en él, mientras que yo emigro, por decirlo

así, sin descanso, de un estado general a otro. Incluso cuando, mal que bien, acepto el estado existente y me instalo en él, por muy penoso que sea, consintiendo en considerarlo neutro, pasa ya a adquirir matices tan evidentemente diferentes que al poco no podría ya identificarlo más que con la habilidad con que se metamorfosea. En cuanto a decir: «yo», y ver en ello una constante en la que lo corporal pudiera, de manera evidente y casi insensible, explicarse consigo mismo, en cuanto a estar seguro de poder afirmar un solo día esta constante no descompuesta sin tener que controlarla, protegerla, durante la noche (incluso la más propicia) para

volver a encontrarla intacta al día siguiente: he ahí lo que ya no consigo desde hace años. Si una ocupación intelectual continua, de carácter muy documental, contrarrestara esta pasividad, jamás hubiera podido adquirir tamañas proporciones. Pero en mi propia situación, para la que tan importante era mantener el intelecto en la más peligrosa suspensión, exponerlo sin descanso a las influencias del cielo y de la tierra, el cuerpo no podía menos —en su entumecimiento— que sacar la peor lección de esta disposición del espíritu, que ponerse a imitarlo y hacerse productivo a la menor ocasión, a su manera, en sus propios estados.

Imaginemos una bordadora cuyo cañamazo se transformara perpetuamente bajo sus manos, ya porque las mallas se aflojaran, ya porque se encogieran, o que el hilo fuera de diferente grosor: ¿cómo no acabaría repeliéndole el más hermoso punto de cruz o el más encantador motivo?…

Esta reacción horripilante se me ha hecho completamente precisa, a lo largo de los días tórridos: no se puede decir que los pasara de un modo desagradable, y sin embargo, el calor (asfixiante en mis habitaciones situadas justo bajo el techo) me costó las noches más torturantes y ayer, cuando cambió el tiempo, permanecía en un estado que la

palabra agotamiento dista mucho de poder definir. La tensión y la relajación excesiva, desde los tejidos, que tan bien conozco, hasta las sienes, pasando por la faringe, se habían amparado de toda la superficie de mi cuerpo hasta tal punto que parecía que en cada miembro una convulsión creciente quisiera abrir en ellos miles de pequeñas bocas a fin de realizar un bostezo. Me obligué tanto como pude a permanecer en mi mesa de trabajo hasta que finalmente tuve que acostarme; la convulsión disminuyó en el cuerpo, pero al mediodía se reprodujo con tal violencia en la cabeza y en el cuello que ni siquiera conseguí concentrarme en mi lectura, y ya no me

quedaba más que hacer luto por el resto del día. Esto por lo que respecta al calor pero mañana será, evidentemente, otra influencia puesto que sigue siendo de la atmósfera —también la de las personas y las cosas— de donde las influencias surgen y me asaltan sin cesar; y como mi cuerpo responde incluso cuando nada lo solicita ni nadie le pregunta, el asunto es desesperado. La mano de mi peluquero, con su mezcla de perfume, diferente cada mañana, puede impresionarme de tal modo que cada vez salgo de allí con una disposición muy diferente; pero esta mano basta también para indisponerme físicamente: el hecho de querer evitarla respirando lo menos posible a medida

que pasa por delante de mi cara, provoca nuevas tensiones en la frente y en la garganta (esto es sólo un ejemplo); en resumen, esto es encontrarse a merced de cualquiera de la manera más lamentable y ridícula.

Mostrar este cuerpo a un médico, lleno como está de inoportunidades, al mismo tiempo que mi falsa relación con él, he ahí lo que, a fin de cuentas, será la única salida. No a un psicoanalista para que proceda a partir del pecado original (ya que oponer a la fascinación del pecado original una contrafascinación, es ésa, propiamente hablando, mi más íntima vocación y el pretexto de toda posición artística tomada en la vida),

sino (mostrarlo) a un médico que a partir de lo corporal pudiera seguirlo muy lejos hasta lo espiritual. A ti, querida Lou, puedo decírtelo; pienso en Stauffenberg (cómo llegué a esta idea, cómo recientemente se reforzó mi confianza en él…, lo comentaremos de viva voz). Él quiere disponer de tiempo para mí en agosto, por lo que es de prever que para esas fechas no estaré lejos de él (incluso en Munich o en los alrededores). Siento no poder acudir desde ahora mismo, ya que aquí me atormento como un perro que se ha clavado una espina en el pie y que cojea y se lame; y que cada vez que apoya su pie ya no es perro, sino espina, algo que

él no comprende ni podría ser. No me cabe en la cabeza que no pueda haber buenos y sencillos remedios susceptibles de reducir poco a poco en mí los fenómenos que, de alguna manera, se exteriorizan por sí mismos en la periferia, como las espinas tragadas por los histéricos. No se trata en este caso de ayudarme en lo más interior de mí mismo, en mi fondo primordial (ahí, al contrario, las ayudas se acumulan sin cesar), sino de liberarme las manos a fin de que pueda coger esas ayudas. Sólo ocho, o tres días viviendo en ese estado que se llama «bienestar», es decir, la neutralidad física (la imparcialidad del cuerpo) y ya la potencia en mi interior

sería preponderante y me asumiría; mientras que por ahora soy yo quien se arrastra penosamente con esta potencia, como un pájaro enfermo hundido bajo el peso de sus alas.

Rainer

RILKE A LOU ANDRÉAS-SALOMÉ EN GÖTTINGEN

«Es necesario morir porque uno
las conoce». Morir
del indecible florecimiento de la
Sonrisa; morir
de sus manos ligeras. Morir
de mujeres.

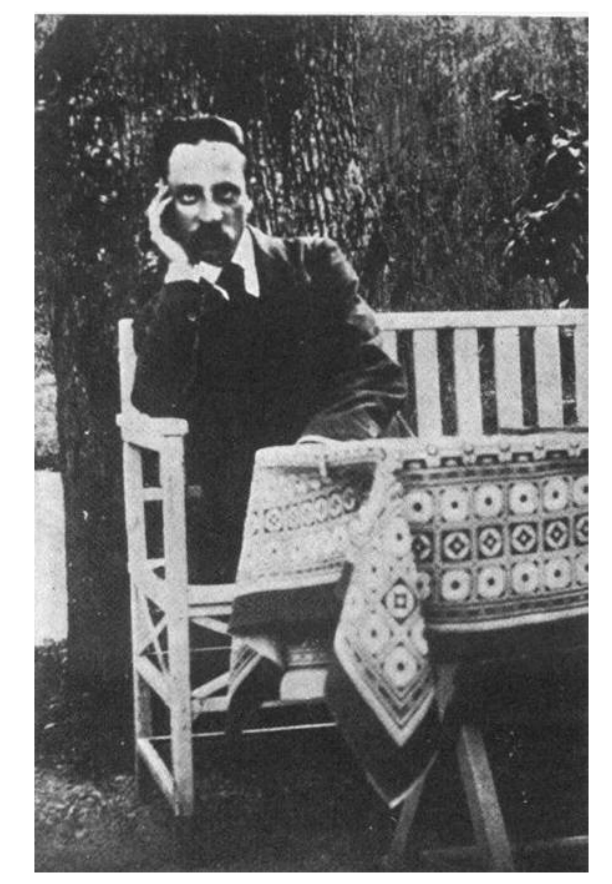
Que cante el adolescente las que provocan la muerte
cuando caminan altivas por el espacio de su corazón.
Que de su pecho ensanchado
se eleve su canto hacia ellas:
inaccesibles. ¡Ah! ¡cuán extrañas son!
Más allá de las cimas
de su corazón ascienden ellas y esparcen
trozos de noche suavemente metamorfoseados en el abandonado
valle de sus brazos. Brama,
el viento en su ascenso por entre la hojarasca de su

cuerpo, centellean,
sus fugitivos arroyos.

Pero que el hombre
se calle, más agitado. Él, quien,
sin camino, durante la noche por
los montes
de sus sentidos ha errado;
que se calle.

París, julio de 1914[5]





Rainer Maria Rilke



Rilke y Clara Westhoff, en 1906



Pierre y Denise Klossowski. (Fotografía de Pablo Volta)

POSTFACIO

Las buenas gentes a menudo piensan que encerrándose tras una gruesa puerta dejan afuera el miedo. Pero, he aquí alguien que habita con toda su crudeza el desamparo y la intemperie —cumpliendo su camino bajo los cielos abiertos. ¿Qué nuevas trae este viajero noble y lastimado?

No parece tener fin la noche, y este caminante entregado a lo Abierto se ve arrastrado en una deriva sin moradas. La trama de su vida se va urdiendo con los mil ecos y reflejos que por doquier le solicitan. Sin treguas.

Llega hasta nosotros su lamento.

Llega hasta nosotros su lamento:

Si fuera posible recogerse en algún

lugar donde pasar la larga noche. Si fuera posible cerrar esa herida desencajada que le abre al mundo y por la que se le escapa la vida…

¿A dónde orientar sus pasos?

Antaño, existían caminos —siempre se regresaba a casa.

Pero ¿es lícito ceder a las seducciones domésticas del miedo?

El animal está en el mundo como el agua en el agua —decía Bataille. Al hombre, sin embargo, le está vedada esta experiencia. La herida que le abre

al mundo es irrenunciable: es ella la que le constituye en tanto que hombre. Todo su ser no es sino esa crispada distancia de la que cuanto más se apropia, más le extraña —ojo atento a ese mundo en el que está, pero sin ser, él mismo, mundo.

Mirada y distancia.

... espina insomne que sólo con la muerte reducirá el dolor y la diferencia, cerrará el ojo desmesurado de esa herida y será agua en el agua...

Pero ¿de qué lamentarse? ¿A quién?

La vida puede ser abandonada, pero no puede ser vivida sin orgullo —son palabras como éstas las que Lou

musita al oído del poeta y que valen por todos los consuelos y diagnósticos que en aquellos momentos Rilke, roto, mendiga. Y el orgullo estriba en asumir la presencia sorda de la propia muerte como contrapunto preciso de la vida, para hacer de cada instante vivido *un instante* querido— *una afirmación. Asumir las fuerzas que brotan desde los abismos del sí mismo y, luchando por expresarse, desgarran la piel delicada del poeta —someterse al* daimon *para llegar a ser lo que uno es. Asumir esa soledad irremediable que llena de desamor el corazón de Narciso e imponer silencio al miedo que convierte en lenguaraz el propio dolor*

—desdramatizar la importancia propia.

No se puede hablar de la anémona como lo haces tú sin
alguna felicidad.

¿Acaso puede decirse yo *y no mentir*?

El aprendizaje de Rilke será lento, pero tal vez por ello mismo su sabiduría es grande. Su correspondencia con Lou Salomé cubre un segmento particularmente patético de su instrucción. Tal vez sean éstas las

relaciones epistolares más significativas que mantuvo el poeta, aunque no son ni por asomo las únicas. Clara Westhoff Marie von Thurn und Taxis-Hohenlohe, André Gide, Benvenuta, son algunos de los nombres que cubre su apretada correspondencia. Incluso algunas de sus obras adoptaron la forma epistolar: Briefe an einem jungen Dichter (*1929*), Brief des jungen Arbeiters (*1922*)…

Desde su naufragio, Rilke escribirá cientos de cartas, asustado las más de las veces, buscando un auxilio que los hombres no sabrían cómo dar —

mensajes que vagarán, a la deriva, por el mar. Lentamente comprenderá. Aprenderá que su infortunio no tiene redención: su destino está unido al de esa Europa que ha zozobrado como forma de vida espiritual. ¿Quién puede acudir a rescatarle en este archipiélago de náufragos sin esperanza? ¿Cómo soñar que aparecerán un día en el horizonte los mástiles que anuncian su salvación cuando no queda ya una tierra firme adonde ir?

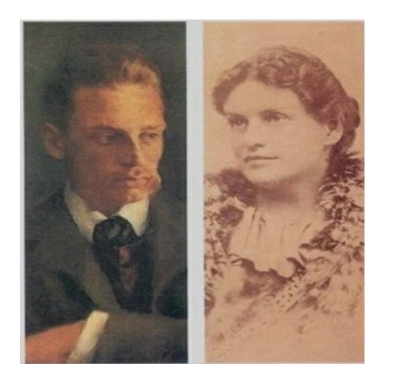
Seguirá escribiendo, sin embargo. Pero el miedo, poco a poco, dejará de agarrotar su pluma y una insospechada fortaleza ocupará su lugar. Sus

mensajes serán ahora condones de aliento dedicadas a quienes, como él, habitan el desamparo. Con Duineser Elegien *(1923) y* Die Sonnene an Orpheus *(1923) su poesía —en palabras de Musil— deja de ser de porcelana y se convierte en mármol: voluntad hecha música. En la primera de estas obras, Rilke escribe lo que bien podría ser el lema de la reconciliación con su destino, tan desgarradoramente perseguida en su correspondencia anterior* (… renovación, metamorfosis, santificación…):

Las buenas gentes a menudo piensan que encerrándose tras una gruesa

puerta dejan afuera el miedo, pero lo que en definitiva nos cobija es nuestro estar desamparados.

Barcelona y febrero, 1980.
Miguel Morey.



LOU ANDREAS-SALOMÉ, nacida Luíza Gustávovna Salomé (translitera de Луиза Густавовна Саломе) (12 de febrero de 1861, San Petersburgo, Rusia 5 de febrero de 1937, Gotinga, Alemania) fue una escritora rusa, con inclinaciones liberales.

Compartió los secretos más íntimos de filosofía con Nietzsche, pero luego gracias a su magnetismo y belleza encontró su camino junto a Paul Rée (amigo de Nietzsche). Fue una intelectual, autora de muchos libros, psicoanalista, analizada por Sigmund Freud, y compañía espiritual de artistas y escritores (hombres y algunas mujeres) de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Salomé fue una escritora prolífica, y escribió varias novelas, obras y ensayos poco conocidas; fue también una creativa feminista. A través de su vida de casada, se comprometió en romances

y/o intercambio de correspondencias con el periodista alemán Georg Lebedour, el poeta austro-húngaro Rainer Maria Rilke, y los psicoanalistas Sigmund Freud y Viktor Tausk, entre otros. Da cuenta de muchos de ellos en su libro Lebensrückblick.

RAINER MARIA RILKE (también Rainer Maria von Rilke), (4 de diciembre de 1875, en Praga, Bohemia, República Checa (en aquellos tiempos Imperio Austrohúngaro) - 29 de diciembre de 1926, en Val-Mont, Suiza) es considerado uno de los poetas más importantes en alemán y de la literatura universal. Sus obras fundamentales son

las *Elegías de Duino* y los *Sonetos a Orfeo*. En prosa destacan las *Cartas a un joven poeta* y *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*. Es autor también de varias obras en francés.

Notas

[1] El Sr. Ernst Pfeiffer, editor y comentarista juicioso de esta correspondencia, nos dice que mucho más tarde Lou se manifiesta con respecto a este tema, en una carta a la Baronesa von Münchhausen (oct. 1929), de la siguiente manera: *«... la idea de que tales métodos no hubieran nunca existido en su juventud me llenaba de amargura. Ya que estos métodos no se aplican sin un grave peligro en un artista realizado (según MI PROPIO MODO DE VER que sin embargo no es el mismo de Freud)»*. El Sr. Pfeiffer añade: «La decisión completamente

lúcida que había adoptado en otra ocasión (en 1912) de oponerse a analizar a Rilke… fue una de las más serias de su vida».

Según unas palabras de Lou sobre la gravedad de esta decisión, la justifica en el sentido de que los gérmenes de lo que posteriormente se manifestaría en las ELEGÍAS, y cuya existencia ella conocía, hubieran sido extirpados por el análisis —era ahí particularmente en donde ella veía el peligro— y la razón de impedir el análisis por todos los medios. (Obra citada, notas y comentarios, p. 570). <<

[2] Nota del editor: aquí se acaba el texto de la carta. <<

[3] Léase: = ∞ y después: = 0. (Nota del editor). <<

[4] La del 27 de junio. (Nota del editor).
<<

[5] Poema procedente del diario de Lou. (Nota del editor). <<